

El fútbol en Chiapas (México): ¿un símbolo de identidad?

ANDRÉS FÁBREGAS PUIG

Universidad Intercultural de Chiapas.

San Cristóbal de Las Casas. México

RESUMEN

Este artículo pretende revisar la organización futbolística y su vivencia en el estado mexicano de Chiapas donde, desde el año 2002, con la llegada de un equipo profesional de fútbol: los Jaguares de Chiapas, la articulación en torno a este deporte se ha modificado sustancialmente, tanto dentro del panorama deportivo mexicano como en referencia a la construcción de la identidad chiapaneca.

Palabras clave: Fútbol, Chiapas, México, Identidad.

SUMMARY

The author discusses the way soccer is organized, practiced and lived out in the Mexican state of Chiapas where, since 2002, upon the arrival of the professional team Los Jaguares de Chiapas, the world around this sport has changed substantially with regard to both the construction of Chiapaneco identity and the national context of Mexican sports.

Key Words: Soccer, Chiapas, Mexico, Identity.

El meridional Estado de Chiapas, integrante de la Federación de Estados Mexicanos, ha sido un territorio tradicional para la investigación antropológica y arqueológica. Desde los días coloniales, los restos de las ciudades Mayas llamaron la atención a estudiosos o curiosos y viajeros, que dejaron libros, dibujos o relatos acerca de sus experiencias en tierras ahora chiapanecas. El Estado era, pues, un viejo conocido de los antropólogos. O, ciertamente, una parte del mismo, aquella habitada por los pueblos indios, motivo de atención de los científicos sociales. Incluso, las Universidades Norteamericanas de Harvard y Chicago hicieron un tiempo de Chiapas su campo de entrenamiento para los estudiantes graduados de antropolo-

gía. Para un público más amplio, incluyendo a los propios mexicanos, las particularidades históricas, sociales y culturales de Chiapas eran desconocidas. Hasta la situación de frontera con Guatemala era escasamente percibida por los mexicanos que, al pensar en la fronteras, se remiten al Norte, a los límites de México con los Estados Unidos. Todo ello cambió el primer día de enero de 1994, cuando un grupo armado autodenominado Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), tomó por la fuerza cuatro cabeceras municipales en el Estado de Chiapas. Tres de las ciudades ocupadas, Altamirano, Las Margaritas y Ocosingo, están situadas al filo de la selva, mientras que la otra, San Cristóbal, Las Casas, se ubica en el centro de una región conocida como Los Altos de Chiapas. La ocupación militar de estas cuatro ciudades causó una generalizada sorpresa en todo el país y despertó el interés en los asuntos de Chiapas y su situación social. Prueba de ello es que a escasas horas de lo sucedido había en la ciudad de San Cristóbal más de trescientos periodistas nacionales y extranjeros. Después de cuatro días de ocupación y de intercambios de fuego con el ejército nacional de México, los insurrectos desaparecieron en las profundidades de la selva chiapaneca.

En 1994, Chiapas permanecía en un período de inestabilidad política que se manifestaba en los cambios continuos de Gobernador del Estado. Así, en los últimos treinta años, de cinco gobernadores que debían de haber pasado por el cargo, lo hicieron nueve. Al llegar el año de 1994, el Estado de Chiapas ya había experimentado a dos gobernadores. Con ciclos políticos como ese, es imposible llevar a cabo un programa, así sea elemental, de desarrollo. Cada cambio de gobierno significaba una vuelta total en la concepción de qué debía de hacerse en Chiapas. Esta convulsión política causó problemas graves en la sociedad, en la planificación de la economía y en el desarrollo de infraestructuras. Era común, por aquellos años, leer y escuchar que el Estado de Chiapas acusaba los niveles más bajos de desarrollo o los más altos índices de marginalidad. Analfabetismo, desempleo, falta de comunicaciones, ausencia de una red hospitalaria eficaz, pobreza, eran los signos de Chiapas. Había contrastes como el siguiente: el Estado de Chiapas producía, hacia 1994, un 25% de la totalidad de la electricidad generada por hidroeléctricas y en contraste el 30% de su territorio carecía de energía eléctrica. La industria de Estados como el de Veracruz se movía gracias a la energía generada en Chiapas, cuyos habitantes debían pagar las más altas tarifas por consumo de electricidad en todo el país. Las hidroeléctricas le costaron al Estado de Chiapas la pérdida de sus mejores tierras laborables. Por ejemplo, a finales de la década de 1970, perdió toda su cosecha de arroz, después de ser el principal productor de ese grano

en México. En total, el Estado sufrió la inundación del 13% de toda la superficie cultivable, lo que provocó movimientos sociales intensos en una sociedad eminentemente campesina, como lo era la de Chiapas en aquellos años. Los gobernadores no eran electos por la población sino designados desde la Ciudad de México, con el obvio criterio de defender los intereses del centro, bautizados como nacionales, en detrimento del desarrollo local. Esta situación había resultado en un abatimiento de la autoestima de la población que se ahondó a partir del primero de enero de 1994. En efecto, los periodistas que en su inmensa mayoría desconocían la historia, la sociedad y la cultura de Chiapas, difundieron la imagen de que la población del Estado se componía de dos sectores: los indios y los ganaderos. Este simplismo dio la vuelta al mundo y aún, hoy día, no son pocos los que siguen sosteniendo esa visión. En los medios de comunicación y aún en los escritos de los intelectuales desaparecieron como por ensalmo los sectores de la población compleja de Chiapas para dar paso a una concepción que ubicaba al Estado como el teatro de batalla entre los buenos y los malos, como en las clásicas películas del Oeste Norteamericano, sin más. Según esas versiones, la intelectualidad de Chiapas no existía ni los sectores populares y aún menos, las clases medias. Todo el aparato mediático del mundo se volcó sobre Chiapas para analizar con lupa miope lo que allí pasaba.

Por supuesto, la situación es mucho más compleja y no es el objetivo de este artículo analizarla. Pero este preámbulo es necesario para ubicar al lector en lo siguiente: como colectividad social, la autoestima de los chiapanecos se fue al abismo. Se creó un sentimiento generalizado de abatimiento, de falta de confianza en las capacidades locales para superar los problemas y echar a andar a la transformación social. Aparejado con ello, la fragmentación de la sociedad chiapaneca se ahondó. Se profundizó en el discurso de todos los sectores la separación entre ellos y nosotros, entre los indios por un lado y los que no lo son, por el otro, además de enfatizarse las diferencias sociales. Una especie de anomia, como la planteaba Émile Durkheim, se asentó en la sociedad. Los conflictos en las comunidades llegaron a extremos graves, produciendo divisiones difíciles de restañar. Los núcleos de parientes se descompusieron en diferentes facciones que se disputaban el poder político local, teniendo como contexto la circulación continua de Gobernadores del Estado. El faccionalismo dividió a los partidos políticos, a las organizaciones sociales, a los ayuntamientos y a las propias comunidades y pueblos del ámbito chiapaneco. Si además se tiene en cuenta que en el Estado de Chiapas la población vive dispersa en cerca de 20.000 núcleos, la mayoría menor de 1.000 habitantes, se tendrá un panorama de las dificultades para lograr la integración. Además, el desarrollo del Estado

de Chiapas, como es característico en México, resulta ser desigual, con regiones prósperas en contraste con otras donde predomina la pobreza. Sin tratar de hacer una larga referencia a la historia chiapaneca, conviene detenerse en algunos momentos significativos que ayudan a explicar el presente y el contexto del fútbol.

En primer lugar, el Estado de Chiapas es un resultado del fin del régimen colonial español en lo que es hoy América Latina. Durante los años de la colonia, Chiapas osciló administrativamente entre la Capitanía General de Guatemala o la dependencia directa del Virreinato de la Nueva España. La Capitanía General era parte del Virreinato, pero tuvo cierta autonomía en asuntos administrativos. Como es bien sabido, los castellanos introdujeron la organización municipal y, por la Reforma Borbónica, el régimen de Intendencias. En el caso chiapaneco, fue el Ayuntamiento de la Ciudad de Comitán el primero en declararse independiente y, a partir de ese momento, le siguieron los ayuntamientos restantes y, aún, el de Guatemala. Este dato es importante para tener en cuenta que durante el régimen colonial se incubó una especie de “sentimiento chiapaneco”, una identidad quizá difusa, pero perfilada como un proceso. El Estado de Chiapas propiamente dicho se inició con una decisión municipal, la del cabildo de Comitán, que impulsó la formación de una comunidad política. En México, aún nadie ha planteado si los Estados Federados son “naciones locales” o son Estados sin naciones. Se da por sentado que México es una Federación de Estados que se reconocen en una sola Nación, la Mexicana, y esta es la que sostiene al Estado Nacional. Este aspecto de la realidad mexicana debe ser discutido con detalle, más, en momentos como los actuales, en que se acentúan los reclamos no sólo locales o regionales, sino de los Estados Federados como tales.

La fragmentación de la sociedad en Chiapas es un resultado histórico que sirvió de contexto a la rebelión armada de 1994 y la profundizó. La forma de designar a los gobernadores sin intervención de la población, no sólo conculcó los derechos ciudadanos, sino que introdujo mayores factores de fragmentación social. En una sociedad tan contrastada como la de Chiapas, los símbolos de una identidad integradora no terminaban de consolidarse. Ciertamente el Himno a Chiapas es uno de esos símbolos de integración que tenía y tiene mayor penetración en la sociedad. De igual forma, la marimba era y es reconocida como un símbolo de lo chiapaneco y, en menor medida, la gastronomía basada en los tamales. Pero la sociedad carece de un símbolo integrador, capaz de atravesar las fronteras operantes de la diferenciación social y la variedad cultural. Ese símbolo se ha posibilitado desde el año de 2002 con la llegada de un equipo profesional de fútbol: los Jaguares de Chiapas. El proceso aún está en sus comienzos

y no es posible determinar si tendrá su culminación en un símbolo integrador, reconocido por todos los sectores de la sociedad en Chiapas.

Para quienes no están familiarizados con la organización del fútbol en México conviene apuntar que los torneos de liga se reparten en dos “campeonatos cortos” durante el año. El máximo organismo que dirige el fútbol mexicano es la Federación Mexicana de Fútbol que reúne a todos los clubes profesionales existentes. Este organismo celebra los campeonatos en la forma antedicha, llamándolos de “invierno” y de “verano” o de “apertura” y de “clausura”. Existen 18 equipos de primera división en el circuito mexicano. Estos 18 equipos están divididos en tres grupos, con seis equipos cada uno. Al final del torneo regular los que quedaron en el primer y segundo lugar de su respectivo grupo pasan a jugar la “liguilla” con la modalidad de visitante y local, eliminándose el que menos goles anote en ambos partidos. Los segundos lugares que han quedado empatados por el puntaje y en ocasiones, el mejor tercer lugar, juegan lo que se llama el “repechaje” para ingresar a la liguilla que así queda conformada con ocho equipos. La final del campeonato se juega entre los dos equipos que han sobrevivido a los partidos de eliminación, y lo hacen bajo la misma modalidad de visitante y local. Si al final de los dos partidos reglamentarios se produce un empate, se juegan dos tiempos extras. Si persiste el empate, el campeonato se dirime con tiros de penalti.

Además de las características de los “torneos cortos”, que tienen una lógica comercial, la Federación Mexicana de Fútbol permite el cambio de “franquicias” con gran facilidad, porque ello es parte del fútbol como negocio. Este aspecto amerita un análisis aparte. Por ahora, apuntaré que ese mecanismo es lo que permitió establecerse a los Jaguares de Chiapas. En efecto, uno de los clubes más añejos del fútbol mexicano, el Irapuato, decidió cambiar de franquicia para irse al puerto de Veracruz, en donde se convirtió en los “Tiburones Rojos”. Resultó que los “Tiburones Rojos” de la primera división de ascenso ganaron el campeonato en 2002, con lo que no era posible que hubiera dos equipos con el mismo nombre en la Primera División. Fue así cómo una franquicia quedó libre. El 27 de junio de 2002, Alejandro Burillo, Presidente del Grupo Pegaso, en un evento oficial que contó con la presencia del Gobernador del Estado, Pablo Salazar Mendiguchía, anunció la creación del equipo Jaguares de Chiapas con sede en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. En esta ciudad, el Gobierno del Estado es propietario del único estadio que ofrecía condiciones para albergar a un equipo profesional de primera división. Dicho estadio lleva el nombre de un maestro de educación física que fue muy querido en la ciudad, además de promotor pionero del fútbol: Víctor Manuel Reyna, “El Maestro Reyna”, como con afecto le decían todos sus alumnos. Dado que el estadio necesi-

taba remodelarse, los Jaguares de Chiapas jugaron su primer partido fuera de su sede, en el Estadio Azul, de la Ciudad de México, ante los Tigres de la Universidad de Nuevo León. El duelo entre felinos terminó con la victoria de los Tigres por 3 goles a 1. El jugador argentino Lucio Filomeno fue el primer anotador de los Jaguares chiapanecos.

El partido inaugural en el Estadio Zoque Víctor Manuel Reyna, al que se le antepone el nombre del pueblo prehispánico fundador de la actual Tuxtla Gutiérrez, se llevó a cabo el 17 de agosto de 2002 contra las Chivas Rayadas de Guadalajara, el equipo más popular del fútbol mexicano, icono de la identidad nacional. La fecha era histórica porque marcaba el inicio del fútbol profesional de primera división en el Estado y porque el equipo rival, también conocido como el Rebaño Sagrado, tenía muchos seguidores en Chiapas. En efecto, antes de la introducción de un equipo local de fútbol, las Chivas gozaban en Chiapas de un amplio apoyo, por ser un equipo formado sólo por jugadores nacionales. La mayoría de la población chiapaneca veía en ese equipo de Jalisco a una suerte de selección nacional. Dos días antes del partido, Tuxtla Gutiérrez vivió momentos completamente nuevos en la ciudad. Miles de habitantes, sobre todo jóvenes, empezaron a recorrer las calles con símbolos futbolísticos, un rasgo novedoso en el atuendo de la gente. Había quien portaba la camiseta de las Chivas, pero iba con el rostro pintado de jaguar. O al revés, había quien vestía la camiseta de los jaguares, pero llevaba el rostro pintado con los símbolos de las chivas. Las banderas de ambos equipos ondeaban por todos los rumbos de la ciudad. Las chivas rayadas arribaron a Tuxtla Gutiérrez la tarde del 16 de agosto, siendo recibidos por una multitud de aficionados que siguieron al autobús que los transportó desde el aeropuerto al hotel en donde se hospedaron. La ciudad vivía una movilización y una euforia fuera de lo común. La conversación obligada era el próximo partido de fútbol. El día del juego, por lo menos con dos horas de anticipación, el Estadio Zoque Víctor Manuel Reyna estaba repleto. Las banderas de ambos equipos se disputaban el espacio. Había quienes agitaban ambas banderas a la vez. Las camisetas de las Chivas eran tantas como las del equipo local. La expectativa ante el partido creó un clima de excitación notable. Al momento en que las legendarias chivas rayadas saltaron al campo, una ovación atronó el espacio. La multitud se agitó y el cielo se pintó de blanco y azul, los colores tradicionales del llamado Rebaño Sagrado. Segundos después, los Jaguares, vestidos de naranja, ingresaron al campo de juego. Ahora el cielo cambió de tonalidad para pintarse de anaranjado, el color de la flor de los flamboyanes, un árbol común en Tuxtla Gutiérrez. Una vez presentados los equipos, el público fue convocado a cantar el Himno a Chiapas. La multitud se puso de pie y ante la mirada atónita de los jugadores de ambos

bandos, entonó el Himno que los chiapanecos cantan en cada ocasión especial: “Compatriotas, que Chiapas levante/ una oliva de paz inmortal/ y marchando con paso gigante/ a la gloria camine, triunfal”. La multitud cantaba a pulmón abierto. El Himno continuaba: “Cesen ya de la angustia, las penas/ los momentos de triste sufrir/ que regresen las horas serenas/ que prometen feliz porvenir./ Que termine la odiosa venganza/ que se acabe por siempre el rencor/ Que una sea nuestra hermosa esperanza/ Y uno solo, también, nuestro amor”. Fue un momento cargado de emotividad. Una multitud de 35.000 espectadores, más los que emularon el acto en sus casas frente a sus televisores, cantaban una canción de unidad en un espacio público de esas dimensiones, por vez primera desde el primero de enero de 1994. El momento propiciaba un autoreconocimiento colectivo, una suerte de reconstrucción de una comunidad perdida o no alcanzada antes a cabalidad en la historia de la formación del Estado de Chiapas.

Como deporte, el fútbol era practicado en Chiapas bastante antes de la llegada de un equipo profesional de primera división. Diversos testimonios, tanto orales, como documentales, permiten afirmar que el fútbol fue introducido en Chiapas, junto con el boxeo, el ciclismo y el *baseball*, en 1905, es decir, hace cien años. Se sabe que fueron un grupo de hermanos apellidados Lobato, quienes llevaron las primeras prácticas del deporte moderno a Chiapas. Más tarde, con la llegada de los republicanos españoles, el balmopíe cobró un nuevo impulso en el Estado. Los republicanos, como un medio para ganarse las simpatías de la población, comenzaron a organizar equipos y competencias hacia 1940. Lo cierto es que para la década de 1950, el fútbol era practicado por lo menos en ciudades como Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal, Las Casas, Arriaga, Tonalá, Huixtla, Mazatán y Tapachula. En la capital del Estado, los partidos más atractivos se llevaban a cabo en el campo de fútbol del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (ICACH), logrando reunir a un número considerable de espectadores. Incluso, jugadores surgidos de las filas estudiantiles, como es el caso de Benito Pardo, llegaron a jugar profesionalmente en la primera división del fútbol mexicano. Pero fue en los años de 1980 a 1982 cuando el fútbol profesional de segunda división y hasta de tercera fue introducido en Chiapas por el Gobernador Substituto Juan Sabines Gutiérrez, hermano del poeta Jaime Sabines. Ello contribuyó a mantener una afición que seguía los partidos. Durante la década de los años noventa del siglo pasado, empezaron a proliferar los campos de fútbol a lo largo de la línea fronteriza con Guatemala. Paulatinamente, el fútbol se consolidó como un factor de acercamiento entre los pueblos fronterizos de Chiapas y de Guatemala, además de suceso indispensable en las fiestas pueblerinas. Inclusive, los mismos Lacandones, el último grupo silvícola de México, adoptó el fútbol y una de sus solitu-

des permanentes es tener facilidades para acudir a Tuxtla Gutiérrez a presenciar un partido de los Jaguares. El reto que los zapatistas han lanzado al Inter de Milán para celebrar un partido, no está alejado de esta situación de adopción de ese deporte por parte de los pobladores de la selva. Pero antes del 2002 el fútbol, en Tuxtla Gutiérrez en particular y en Chiapas en general, no lograba ir más allá de un círculo de espectadores en su mayoría estudiantes. Al llegar los Jaguares de Chiapas, la afición que se fue formando a través de la televisión, se manifestó públicamente, sorprendiendo a propios y extraños. Por cierto, los pueblos y ciudades del Norte del Estado, en el año en que iniciaron los Jaguares, se quejaban de la ausencia de señal de televisión porque eso les impedía disfrutar de los partidos. El fútbol se ha convertido en un mecanismo de movilización social y en la posibilidad de contar con un símbolo tangible de identidad para la población de Chiapas en tan solo tres años. ¿Por qué ha sucedido así?

La tesis que propongo para explicar el papel actual del fútbol en Chiapas es la siguiente: el balompié llega al Estado en medio de las tensiones de una sociedad fragmentada con su autoestima prácticamente anulada. El fútbol ofrece las condiciones para congregarse a la población y brindarle un símbolo tangible de sí misma. Como lo expresó un aficionado: "El regionalismo es lo que me llevó a los jaguares". El equipo puede generar un símbolo integrador que atraviese las desigualdades sociales y las diferenciaciones culturales. Otro aficionado expresó lo siguiente: "El fútbol ha contribuido a darle alegría a un pueblo que ha sido muy golpeado por la historia". El fútbol se manifiesta con posibilidades de que la sociedad de Chiapas lo establezca como mecanismo de movilización para resolver la fragmentación, que se expresa en otros ámbitos, como el cultural, el político, el religioso, además de la evidente separación socioeconómica de la población. El proceso no está consolidado y dependerá de muchos factores el que llegue a su plena maduración. Sin duda, uno de ellos es el desempeño del equipo mismo dentro de los torneos periódicos.

Quienes escogieron el nombre del jaguar para bautizar al equipo de Chiapas tuvieron una inspiración atinada. En efecto, el jaguar es un felino que llega a medir hasta 1.60 metros de largo, más los 50 o 55 centímetros de rabo. Su color es rojizo tendiente a naranja, salpicado con manchas negras en el centro de su cuerpo. El pecho y el vientre del jaguar son de color blanco, moteados de negro. Suele tener manchones pequeños de negro en la cabeza y en los hombros. Su cabeza es poderosa, grande, con mandíbulas sólidas, capaces de triturar los huesos de un toro. Algunos jaguares son de color negro. Este felino es uno de los habitantes señeros de las selvas tropicales de Chiapas.

Desde los antiguos olmecas hasta los mayas clásicos, y prácticamente

en todas las culturas complejas del México antiguo, existió el juego de pelota, no tanto como distracción, sino como ritual de gran importancia. En el simbolismo del juego de pelota, tanto entre los olmecas como entre los mayas, suele aparecer el jaguar. Por ejemplo, en la llamada Estela 21 de la ciudad arqueológica de Izapa, en el municipio de Tuxtla Chico, en la región conocida como Soconusco, se muestra la escena de un jugador de pelota derrotado que es transportado por dos sacerdotes. En la parte superior de esta escena se encuentra un jaguar. Por esta misma estela sabemos que uno de los individuos que transporta al derrotado es un sacerdote vestido de jaguar. El jaguar representó, para los extintos olmecas y para los grupos mayas actuales, a la Tierra, el origen de la vida. Es claramente un dios solar. Era, por ese motivo, la deidad más importante en el mundo indígena de Chiapas. El jaguar está asociado a la lluvia y como tal se le representa entre los mayas en forma de serpiente-jaguar. Así que el jaguar, para las antiguas culturas de Chiapas, es el símbolo de la vida: lluvia y tierra, en un pueblo que vivió, y aún vive, del cultivo del maíz. En ocasiones, a los propios sacerdotes mayas se les representó con pies de jaguar. En cierto sentido, el jaguar es un símbolo que relaciona a la sociedad chiapaneca con su pasado, vinculándolo con el presente. Para la población que no descende de los pueblos originales de Chiapas, el jaguar es un símbolo de fuerza, exhibido en el zoológico de Tuxtla Gutiérrez como un animal emblemático, junto al quetzal. En cierto sentido, para amplios grupos de la población mexicana, el jaguar alude al Sur de México.

Las primeras campañas del equipo Jaguares de Chiapas durante los años de 2002 y 2003 fueron desastrosas. El equipo estuvo muy cerca de descender a la primera división de ascenso, ante la angustia de miles de aficionados. Lo notable es que el estadio no dejó de abarrotarse, aún con el mal desempeño de los jugadores. Al terminar el torneo a finales del año 2003, hubo celebraciones en las ciudades chiapanecas porque el equipo logró su permanencia en el máximo circuito del fútbol mexicano. Para encarar el torneo llamado de "Clausura 2004", y al observar la importancia creciente del fútbol en Chiapas, un grupo de empresarios locales adquirieron la franquicia para, según expresaron, "arraigar al equipo". Así mismo, cambiaron al cuerpo técnico, además de renovar la plantilla de jugadores. Los resultados fueron más allá de lo que se esperaba, según admiten los propios dueños del club. En efecto, los Jaguares de Chiapas sólo perdieron un juego en la campaña de clausura del año pasado, y se mantuvieron en el liderazgo general de la tabla de posiciones, convirtiéndose en el "equipo revelación" del torneo, según la prensa especializada. Para la sociedad chiapaneca esta situación ha permitido una movilización social en torno al fútbol que no se había manifestado antes. La presión sobre el equipo es enorme. Los

chiapanecos lo quieren como campeón del fútbol mexicano, lo que sería un caso nunca visto antes en el circuito. “Ya nos acostumbramos a verlos ganar”, me decía un aficionado mientras observábamos un partido en el Estadio Víctor Manuel Reyna. Es decir, que un equipo con sólo dos años de vida llegue al campeonato sería un hecho sin antecedentes en el fútbol de México. No sucedió así aunque el equipo se calificó para la liguilla, aumentando las expectativas de sus seguidores. Además, el equipo chiapaneco estableció una marca al clasificarse cinco fechas antes del término de la primera parte del campeonato.

En el año de 2004, los Jaguares de Chiapas tenían una plantilla de jugadores en la que sólo uno era originario de Chiapas y no tuvo gran actividad en el torneo. La columna vertebral del equipo la conformaban tres jugadores brasileños y uno paraguayo. Ninguno tenía idea de Chiapas, más allá de lo difundido mundialmente sobre la presencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Pero igual sucede con los jugadores mexicanos que pertenecen al equipo. Ninguno conocía el Estado y menos las características culturales o la historia de la población. Para ellos, era un trabajo más jugar en Jaguares de Chiapas. Ninguno pensó en lo que el equipo llegaría a significar para la sociedad ni la movilización que lo acompañaría. En el caso de los jugadores fundadores, llegaron a Chiapas a regañadientes, a jugar en una plaza que nunca había tenido fútbol profesional de primera división. La mayoría se lo tomó como un preámbulo al retiro, como los últimos días de su carrera deportiva. Al filo de la navaja, obtuvieron que el equipo permaneciera en la primera división y ese fue su logro más significativo. De la actual plantilla de jugadores, la mitad son nuevas adquisiciones hechas por los recientes dueños del equipo. Este subió sus bonos al mantener una racha que muy pocas veces sucede en el fútbol mexicano. Sólo un partido perdido, e invicto en su propia cancha en todo el año 2004.

Una de las porras (barras) mejor organizadas que siguen a los Jaguares estadio por estadio es la que pertenece a una ciudad emblemática del Estado llamada Chiapa de Corzo. Fundada en el pasado prehispánico por grupos de habla otomangue venidos desde Nicaragua, la actual ciudad es un símbolo de la población mestiza de Chiapas. Situada a la orilla del río Grijalva, a sólo ocho kilómetros de Tuxtla Gutiérrez, la ciudad celebra, durante el mes de enero, la fiesta más importante del ciclo festivo chiapaneco. El acto central de esas fiestas es una danza masivamente interpretada por la casi totalidad de habitantes de la ciudad, llamada de Los Parachicos. Chiapa de Corzo se vuelca en las calles para ejecutar esa danza, cuya música es a base de tambores y flautas de carrizo. Popularmente a ese tipo de ejecución musical se le conoce en Chiapas como “el tambor y el pito”. Los danzantes llevan, entre otros atuendos, una máscara que se elabora en

la misma ciudad y que representa el rostro de un español. Es una máscara famosa en el mundo de las artesanías mexicanas. Las porras la portan en el estadio de fútbol mientras se celebra el juego además de bailar en las tribunas la danza de Los Parachicos, acompañada del “tambor y pito”. Es un bullicio persistente. Durante el partido del domingo 4 de abril de 2004, entre Jaguares contra el visitante de San Luis Potosí, un estadio lleno vio como su equipo perdía en el primer tiempo. El nerviosismo de los espectadores era evidente, pero la música de “tambor y pito” no cesaba, ni el movimiento de los danzantes. En las postrimerías del segundo tiempo, con un marcador empatado, el centro delantero de los Jaguares, el paraguayo Salvador Cabañas, marcó el gol de la victoria. Lo celebró poniéndose la máscara de Parachico y ejecutando unos pasos de la danza. La ovación fue instantánea y el júbilo contagió a todo el estadio. Se selló así la comunión entre el equipo y la sociedad local. El suceso fue comentado por todos los medios en México, tanto de prensa escrita, como en la radio y la televisión. La foto del jugador jaguar con la máscara de Parachico y danzando dio la vuelta al país. Pero el desconocimiento de Chiapas por parte de los comentaristas deportivos nacionales se evidenció de nuevo. En uno de los programas deportivos televisivos más importantes, al día siguiente del partido, mientras se mostraban las imágenes del jugador jaguar danzando, el conductor del programa dijo, “Cabañas se colocó la máscara del Sub Comandante Marcos”, lo que es falso. Pero este incidente ilustra la ignorancia generalizada que existe en México sobre el Estado de Chiapas, y la persistencia de una imagen fabricada por los propios medios. Ello realza la importancia del fútbol, pues a través del equipo se proyecta una imagen diferente que va más allá de una sociedad conformada por indios y ganaderos en permanente enfrentamiento.

El caso chiapaneco plantea varios interrogantes al análisis antropológico del fútbol y establece problemas para una teoría antropológica del deporte. Lo primero que destaca es la relación entre el deporte y la modernidad, lo que ha sido planteado en la literatura de ciencias sociales (Medina y Sánchez 2003). En el caso de Chiapas esta relación es particularmente importante en un Estado de la Federación Mexicana que, por circunstancias históricas complejas, llegó tarde a la modernidad en relación al resto del país. La modernidad chiapaneca se establece en medio de una sociedad fragmentada por múltiples factores que abarcan desde la economía, la desigualdad social, la pluralidad cultural hasta las diferencias religiosas y políticas. A ello debe agregarse, en el caso particular chiapaneco, la continuada difusión de una imagen simplista de la sociedad que tuvo sus consecuencias al interior de la misma. En este sentido, el deporte en general, y el fútbol en particular, ha devenido en mecanismo que combina los rasgos

tradicionales de la sociedad con los elementos nuevos de la modernidad. Ha sido especialmente importante en Chiapas la coincidencia de la llegada del equipo de fútbol con la apertura de una carretera y la construcción de un puente sobre el vaso de la hidroeléctrica de Raudales de Malpaso, que conecta al Estado con la Ciudad de México en ocho horas —viaje que hasta hace unos meses tomaba hasta veinte horas. Con el fútbol llegó también la mercancía futbolera: ropa y atuendos en general, que colocan a los jóvenes en la moda del resto del país. El fútbol se ha posicionado como un símbolo de símbolos para mostrar la introducción de Chiapas en la modernidad mexicana. Pero también el fútbol genera la demostración de la existencia en Chiapas, por vez primera, de un empresariado local modernizador, que ve un negocio factible y atractivo en la mercantilización del ocio. La imagen del ganadero como único factor económico de poder, se ve desmentida por este sector de financieros que acaparan el comercio, la creciente industria del turismo y ahora, el ocio. El fútbol es, en Chiapas, un orientador del consumo para una sociedad en vías de desarrollo. No tardará el tiempo en que se construyan las llamadas “ciudades deportivas” multifuncionales en términos de la práctica del deporte. La llegada del fútbol ha coincidido en Chiapas con un momento en que varios deportistas locales destacan en las competencias nacionales y aún, las internacionales. Lo que ven los capitalistas chiapanecos en todo este movimiento es la emergencia de un mercado que promete ganancias espectaculares. El crecimiento de las ciudades ha sido el contexto de esta nueva situación. Por ejemplo, durante el mes de abril de 2004, el propio Gobernador del Estado ha inaugurado diez salas de cine con lo que Tuxtla Gutiérrez cuenta con más de cincuenta en una ciudad que no alcanza el millón de habitantes. En la misma ciudad se han establecido los grandes almacenes como el Sam’S Club y ha llegado el sistema de plazas comerciales, de los *malls* norteamericanos, que borran del mapa a la tienda del barrio, al “tendajón de la esquina”. El Estadio de Fútbol es parte de esta modernización, pieza clave de la misma. La discusión que plantea el caso chiapaneco es la de la doble dimensión del deporte en una sociedad fragmentada y en vías de modernización: por un lado, un mecanismo que legitima el orden establecido pero, por el otro, un sistema de símbolos que logra la cohesión de la sociedad. Así, el fútbol en Chiapas está colocado en ese ámbito dual de legitimador de un nuevo orden modernizador, pero también de integrador de identidades. Más aún, el fútbol en Chiapas está generando espacios públicos de participación masiva que comienzan en el estadio, enlazando los elementos de la tradición cultural con los que trae la modernidad. La modernidad en Chiapas pluraliza la acción individual y hace que el proceso formador de una identidad colectiva sea muy complejo. El análisis del fútbol nos lleva a la con-

clusión de que las varias maneras de pensar el mundo y de vivirlo en una sociedad como la de Chiapas, encuentra en el ámbito del deporte un mecanismo de expresión de la diversidad.

Debe enfatizarse que el fútbol no es la causa sino un medio para la movilización social. No es el fútbol lo que produce la integración en una sociedad fragmentada, sino la necesidad del desarrollo, imposible de lograr en esas circunstancias y con el sentimiento de autoestima en su nivel más bajo. El fútbol es un mecanismo creíble en contraste con la política y aún, la religión, tan cuestionadas en los últimos tiempos. De ahí la capacidad de este deporte, sencillo en sus reglas, barato para practicarlo, con el potencial de provocar el impulso colectivo —como lo enseña el caso Chiapaneco— que atraviesa las diferencias sociales y culturales realmente existentes. El fútbol no borra las desigualdades sociales, sino que provee un sistema de simbolización por el que es posible llegar a la integración. El caso chiapaneco es una muestra clara de lo anterior. En medio de las desigualdades sociales, el fútbol es un factor que logra la legitimidad de la modernización, provocando en el entorno colectivo un sentimiento de pertenencia y de autoestima.

Existe otro aspecto importante en el caso de los Jaguares de Chiapas: su inicio errático. Las primeras temporadas del equipo mostraron a un conjunto desacoplado, frágil en todas sus líneas, incapaz de crear una estrategia colectiva. No obstante esa situación, los aficionados continuaron asistiendo al estadio, movidos por la esperanza, no sólo de la recuperación del equipo, sino de la propia sociedad chiapaneca. Las entrevistas con los espectadores dentro del propio estadio local, mostraron este hecho. Aferrarse a la esperanza, como me lo dijo un aficionado, era la tónica colectiva. Hubo un momento de especial tensión cuando los Jaguares enfrentaron a los colibríes, otro equipo que peleaba por no descender. En esa ocasión, los directivos del club regalaron camisetas a un buen número de aficionados. El desarrollo del partido fue tenso y los Jaguares lo perdieron. La reacción de una parte del público fue quemar las camisetas que habían recibido y lanzarlas al estadio en repudio por la falta de espíritu de los jugadores. A los Jaguares les quedaba una última oportunidad. Cuando esta llegó, el estadio se llenó. La expectativa de los aficionados subió a su nivel más alto. Faltando sólo ocho minutos para finalizar el partido, persistía un empate que no servía de nada a los Jaguares. La tensión en el estadio era evidente. Una falta del equipo contrario al filo del área provocó el tiro directo que, ejecutado por Gilberto Mora, dio el triunfo y la permanencia en la primera división al equipo local. Sólo estando en el estadio en ese momento fue posible percibir lo que para los chiapanecos significó esa victoria que fue celebrada como si el equipo hubiese ganado el campeonato.

Me parece que, en ese momento, se manifestaba en Chiapas una comunidad interpretativa reafirmada por la victoria del equipo de fútbol y sostenida por los símbolos que incluyen al jaguar y el color anaranjado. Estamos frente a la reconfiguración de la identidad social de Chiapas que se sobrepone a la fragmentación. Es un proceso que Roberto Da Matta, escribiendo en Brasil, ha logrado caracterizar como el paso de la identidad a la identificación (Da Matta 1982). Así se establece el medio por el que adquieren significado los símbolos aportados por el fútbol. Este momento es particularmente importante en una sociedad que, como la de Chiapas, ha ido perdiendo las relaciones cara a cara para dar paso a los anonimatos de la modernidad. Esta novedad es muy evidente en la capital, Tuxtla Gutiérrez, que ha dejado las características pueblerinas convirtiéndose en una pequeña urbe de alrededor de 700.000 habitantes. Los sitios tradicionales de congregación pública que había en la ciudad han pasado a ser espacios anónimos o ámbitos para la manifestación política. Todavía en la década de los setenta era común encontrarse en el parque central de Tuxtla Gutiérrez a la población en interrelación, funcionando las relaciones cara a cara. La comunidad de identificación que allí se manifestaba ha cambiado de espacio y de dimensiones: hoy es el estadio de fútbol, o los ámbitos del fútbol en general, en una manifestación multitudinaria que rompe, por momentos, el anonimato. El sentimiento de pertenencia que antes se manifestaba en el espacio público de la plaza central de las ciudades ocurre en la modernidad actual en el estadio de fútbol. Es una situación semejante a la que ha descrito el etnólogo francés Christian Bromberger (1998). Cada partido de fútbol es un apoyo para la reafirmación de lo local, el fortalecimiento de la autoestima y el soporte del sistema de símbolos. Esta es la profundidad antropológica del fútbol. Más allá de las explicaciones fáciles que aluden al “opio del pueblo” o a la “idiotez de las masas”, el fútbol ha penetrado en la sociedad hasta convertirse en un hecho social total, como escribe Ignacio Ramonet (1999) o los etnólogos que han reflexionado sobre el deporte como el propio Bromberger o Marc Augé. En mi libro, *Lo Sagrado del Rebaño*, se apunta también la importancia del fútbol como un hecho social total (Fábregas 2001). El análisis del fútbol nos lleva a una mejor comprensión de las características del capitalismo contemporáneo, de las contradicciones que conforman la globalidad y de la vigencia de lo local, como lo han mostrado varios etnólogos españoles. En el caso de Chiapas, la reflexión sobre el fútbol nos aclara el surgimiento, por vez primera en la sociedad local, de un verdadero empresariado, que distingue entre lo que es propiamente una empresa capitalista, financiera, con inversión, de lo que es el puro establecimiento comercial. El fútbol ha proveído el espacio propicio para ello, porque la misma actividad deportiva es una empresa. El caso

chiapaneco revela lo que otros etnólogos ya habían señalado: la manifestación de la ideología del capitalismo actual, es decir, el deber de ganar, el absolutismo de la competición, la legitimidad de la mentira (Brune 1999). Todo ello es cierto. Pero lo es también que la consolidación del fútbol como fenómeno universal se debe a su capacidad para generar un sistema de símbolos que apuntalan la formación de comunidades de identificación, el paso de la identidad a la identificación y la integración de la diversidad. En el caso chiapaneco, el fútbol provoca la integración de la sociedad a costa de la fragmentación. El proceso muestra la transformación del poder económico tradicional que se traslada del control del campo al control de la urbanización y de la modernidad. Dicho con Victor Turner, son “integraciones momentáneas”, pero que demuestran la posibilidad de una sociedad fragmentada de lograrlo.

Las contradicciones dentro de las que se desenvuelve el fútbol en Chiapas muestran el doble papel de este deporte. Por un lado, están los seguidores del equipo, para quienes éste representa un símbolo de identidad, un mecanismo integrador que otorga cohesión a una sociedad dividida y con severos problemas de diferenciación social que incluyen el factor étnico. No son sólo las distinciones de clase social las que operan en Chiapas, sino también las étnicas. En el contexto de estos dos universos sociológicos, ocurre una fragmentación que se expresa en las rivalidades y conflictos políticos y religiosos. Cada poblado en Chiapas encontraba en la fiesta un medio para cohesionarse, pero con alcance limitado a las fronteras de la propia población en concreto. Los carnavales, como el de San Juan Chamula o el de Ocozocoautla, juegan claramente ese papel. Pero faltaba un símbolo que permitiera la expresión masiva de “lo chiapaneco” en las circunstancias que hemos descrito para el Estado de Chiapas. Ese símbolo se hace posible con el fútbol profesional.

Por otra parte, para el emergente empresariado chiapaneco, el fútbol abrió las posibilidades de integrarse a un negocio de proporciones considerables que es, además, factor de modernización. Desde el punto de vista empresarial, los Jaguares de Chiapas suponen, no sólo un negocio, sino la revitalización de la economía en una sociedad que depende del gasto gubernamental. El fútbol abre derramas económicas en varios frentes y le plantea a un empresariado tan nuevo como el de Chiapas la existencia de mercados y de campos de inversión que no habían sido, no sólo explorados, sino ni siquiera imaginados. No es una oportunidad económica menor, por ejemplo, los tratos con las televisoras para la transmisión de los partidos. La ocupación hotelera en Tuxtla Gutiérrez ha aumentado notablemente los fines de semana en que se celebran partidos. Incluso, cuando el rival es un equipo de la popularidad de las Chivas Rayadas o del Cruz Azul, la

afluencia de aficionados de Guatemala o El Salvador es notable. La comercialización de una infinidad de productos es mayor los días de fútbol. Esa derrama económica cada quince días ha significado para Tuxtla Gutiérrez una revitalización que ha alertado al empresariado local acerca de la importancia del fútbol como negocio.

Las diferentes épocas que ha vivido el Estado de Chiapas a lo largo de su historia y de las relaciones de ésta con la historia nacional, han modelado a una sociedad recelosa de las innovaciones. Para mayor precisión, el peso de las actitudes culturales de los grupos dominantes fueron consolidando una actitud de rechazo a las alteridades al tiempo que se enfatizaba la división entre indios y no indios. Esta ha sido una tensión constante en la sociedad chiapaneca. Por ello, y advirtiendo que el proceso es complejo, la introducción de la alteridad religiosa causó, y aun causa, problemas severos de fragmentación. Chiapas, a partir de la cristianización católica, había sido una sociedad monoreligiosa. En el aspecto político, desde los arreglos entre el liderato de la Revolución Mexicana y los hacendados chiapanecos conocidos como Mapaches, Chiapas fue una sociedad monopartidista: el PNR primero y el PRI después, fueron por décadas los únicos partidos políticos que operaron en la entidad. Estos monopolios contrastaban con la variedad cultural, incluyendo en ella a la diferenciación lingüística y el desarrollo regional desequilibrado. La ruptura de los monopolios religioso y político acentuó la fragmentación. En enero de 1994, en sólo unos días, surgieron alrededor de 250 organizaciones con intereses diferentes, lo que es indicativo de la profundidad de la fragmentación. En notable contraste, se había generalizado la idea de una "identidad chiapaneca", difusamente simbolizada. Así, la marimba no es un símbolo para el mundo indígena, donde el arpa y el violín son más importantes. La cocina también está particularizada y el Himno a Chiapas le dice mucho más a la población mestiza que a la indígena. La modernidad del siglo XX, que se inicia en Chiapas en 1970, provocó cambios importantes, entre otros, un proceso acelerado de urbanización. La fragmentación de la sociedad requirió solución frente al nuevo tiempo, sin dejar de lado a la tradición. Justo este aspecto tan relevante es el que permite el éxito de un equipo profesional de fútbol, aceptado por todos los sectores y grupos de la sociedad chiapaneca. Así encuentra la sociedad un mecanismo de integración capaz de absorber a la tradición e incorporarla a la modernidad. El resultado es la operación de una sociedad mucho más compleja, donde la fragmentación persiste, pero es resuelta simbólicamente a través del fútbol. Más allá del cliché sobre "el opio de los pueblos", el deporte en general y el fútbol en particular, han pasado a otro plano en la vida social, cumpliendo papeles que antes cumplía la religión o la política, como lo demuestra el caso de los Jaguares de Chiapas.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALABARCE, P. 2003. *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO/ASDI.
- ARCHETTI, E. 1985. *Fútbol y ethos*. Buenos Aires: FLACSO.
- 1998. “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”. *Nueva Sociedad* 154: 101-119.
- AUGÉ, M. 1987. *Travesía por los Jardines de Luxemburgo*. Barcelona: Gedisa.
- BRUNE, F. 1999. “Un resumen de la condición humana”, en S. Seguroola (ed.), *Fútbol y pasiones políticas*: 19-27. Barcelona: Debate.
- BOURDIEU, P. 1984. *Sociología y Cultura*. México: CONACULTA-Grijalbo: 193-215.
- BAHAMONDE, A. 2002. *El Real Madrid en la historia de España*. Madrid: Taurus.
- BROMBERGER, CH. 1999. “Tercer medio tiempo para el fútbol iraní”, en S. Seguroola (ed.), *Fútbol y pasiones políticas*: 97-105. Barcelona: Debate.
- 2000. “El fútbol como visión del mundo y como ritual”, en M.-Á. Roque (ed.), *Nueva Antropología de las sociedades mediterráneas*. Barcelona: ICARIA-Institut Catalá de la Mediterrania.
- CAPPA, Á. 2004. *¿Y el fútbol dónde está?*. México: Editorial Ficticia (Ediciones del Futbolista).
- DA MATTA, R. et al. 1987. *Universo do futebol: Esporte e sociedade Brasileira*. Río de Janeiro: Pinakotheke.
- DUNNING, E. (comp.). 1976. *The sociology of Sport: a selections of readings*. Londres: SAGE.
- ELÍAS, N. y E. DUNNING. 1955. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica (3ª ed.).
- FÁBREGAS PUIG, A. 2001. *Lo Sagrado del Rebaño*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- HUIZINGA, J. 1984. *Homo Ludens*. Madrid: Alianza (2ª ed.).
- LAHUD GUEDES, S. 1998. *O Brasil no campo de futebol. Estudos Antropológicos sobre os significados do futebol brasileiro*. Niteroi: EDUFF.
- MEDINA, F. X. y R. SÁNCHEZ (eds.). 2003. *Culturas en juego: ensayos de antropología del deporte en España*. Barcelona: ICARIA-Institut Catalá de Antropologia.
- RAMONET, I. 1999. “Un hecho social total”, en S. Seguroola (ed.), *Fútbol y pasiones políticas*: 11-19. Barcelona: Debate.
- TURNER, V. 1990. *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. 2005. *Fútbol. Una religión en busca de un Dios*. Barcelona: Random House Mondadori.